

No hagan olas

(Segundo pavorario
ilustrado. 12 cuentos)

Elsa Bornemann



loqueleo



www.loqueleo.santillana.com

© 1993, ELSA BORNEMANN

C/O GUILLERMO SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA

www.schavelzongraham.com

© 1993, 1994, 2007, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4601-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: O'KIF

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Bornemann, Elsa Isabel

No hagan olas / Elsa Isabel Bornemann ; ilustrado por O'Kif. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

120 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4601-3

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. O'Kif, illus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

No hagan olas*

(Segundo pavotario ilustrado. 12 cuentos)

Elsa Bornemann

Ilustraciones de O'Kif

** El título de este libro fue elegido –como casi todos los de la autora– gracias a la democrática votación que realizaron parientes y amigos, chicos y grandes, entre los tres o cuatro que ella les sugirió y sin conocer el contenido de los cuentos aquí reunidos.*

loqueleg

*A tu bella sonrisa compinche
-papi-
a tu estrella,
la única colmada de torres
donde suenan relojes y campanas.*

INTRODUCCIÓN INFORMAL AL
“SEGUNDO PAVOTARIO ILUSTRADO”

Parece un disparatario
—de disparates muestrario—
pero no es lo que parece:
lo que aquí cuento *acontece*
o —acaso— *ya sucedió*
y el libro lo registró.

Hay pavos en todos lados,
ya famosos o ignorados,
mansos, raros, vagabundos...
Hay pavos en todo el mundo.
¡Es una plaga mundial
este extrañísimo mal!

Ataca sólo a la gente,
incluso a la inteligente.
Ningún animal padece
este mal que crece y crece.
Desde Adán que hubo pavismo
y hasta hoy... pasa lo mismo.

Aparecen en los diarios,
en la tele, en semanarios,
orgullosos de ser pavos
estos grandísimos nabos.
Cada paso... una pavada...
y ellos... como si nada.

(Confieso que yo también
paveo. No existe quien
libre esté del pavotismo,
ese humano fatalismo.
Y el que piense lo contrario...
¡que lea este Pavotario!)

INTRODUCCIÓN FORMAL AL
“SEGUNDO PAVOTARIO ILUSTRADO”

En abril de 1990 apareció el libro titulado *La edad del pavo*. Como éste, también creado por Elsa Bornemann.

En aquella oportunidad, ella me solicitó que le escribiera un prólogo para esa obra, como estudiante avanzada de la carrera de Pavología que era yo entonces.

Se trataba de exponer –en síntesis– el contenido de la ciencia que concentraba –y concentra– todo mi interés profesional.

Como no es mi intención reiterar lo ya expresado en el mencionado prólogo, espero que lo consulten quienes desconozcan qué aspectos de la naturaleza humana estudia la Pavología.

En cuanto a los que ya hayan leído *La edad del pavo*, creo no equivocarme al suponer que los recordaran.

De todos modos –y como ahora me toca presentar el “Segundo pavotario ilustrado”– cabe anticiparles que aquí se reúne –también– una docena de cuentos que son una suerte de ampliación del libro publicado en 1990.

Desde ese año hasta el que acabamos de estrenar –1993–, muy nutrida ha sido la nueva cantidad de pavadas cometidas por los seres humanos.

No fue difícil –por lo tanto– para E.B. inspirarse para la creación de este conjunto de relatos, aunque sí lo fue el seleccionar las historias que les hicieran a ustedes divertirse, asombrarse, pensar o –tal vez– quedarse

perplejos, al conocer a qué extremos de tontería puede llegar la gente, incluso la más dotada.

Obtuve recientemente mi Doctorado en Pavología en la Universidad de Elleken, por lo que considero que es mi deber revelarles una conclusión científica que explicaría –en parte– el porqué de tanto pavo suelto.

Es la siguiente: al pensar, se pone en actividad solamente el veinticinco por ciento de cada cerebro...

Los más expertos en esta disciplina dedicada al estudio del pavismo, también aseguran que los tres veinticinco por ciento restantes están anulados. Dicen que un veinticinco por ciento, debido al tipo de crianza que dan a las criaturas sus propios padres y familia en general; otro veinticinco por ciento, por las características de la educación que se imparte en las escuelas, mientras que el último veinticinco por ciento, por culpa del mal uso de los medios de comunicación masivos, como televisión, radio, prensa, etcétera.

Pavorosas conclusiones, ¿no les parece?

(Claro que al elegir la palabra “pavorosa” no me estoy refiriendo a nada relacionado con los pavos sino –como es obvio– al vocablo “PAVOR”, sinónimo de temor, espanto, sobresalto, miedo al máximo, y valga la salvedad...).

Bien. Arribados a este punto, no deseo finalizar mis comentarios sin desearles un feliz tránsito a través de estas páginas.

A la par, quiero sugerirles que utilicen las hojas en blanco, que van a encontrar después del último cuento. E.B. estaría encantada con que –si les gusta la idea– cada uno de ustedes anotara allí la lista de pavos de todas las edades que –sin dudas– ha ido conociendo a medida que crece.

¿Quién les dice que no será alguno de los lectores de este libro el que (o la que) escriba –en un futuro próximo– un tercero, cuarto o quinto Pavotario, para sumar a éste?

Un cálido abrazo, tanto como la siesta de enero en la que concluyo con mis palabras.

MELISA BRENNAN O'BLASE

ZAPPING

Desde sus primeros meses de vida, Ivo era ubicado —largos ratos— frente a alguna de las coloridas pantallas de los televisores que había en su casa. No porque fuera un bebé abandonado o no querido por sus padres, nada de eso. Simplemente, ninguno de los dos suponía que esas prolongadas exposiciones de la criatura frente a la televisión encendida pudieran ocasionarle el menor perjuicio.

Es más, ambos se mostraban orgullosos de la atención que el chiquito parecía prestar a cualquiera de las programaciones de los diferentes canales, el de cable incluido, más los videos que acostumbraban alquilar. Y —ciertamente— el nene se mostraba como hipnotizado.

Cuando ingresó en el jardín de infantes, ya deslumbraba a todos.

—Es un niño prodigio, un superdotado! —opinaba la mayoría de parientes, amigos de la familia y maestras, tal era la cantidad de información que acompañaba sobre los más diversos temas. Su cabecita poseía un verdadero banco de datos e impresionaba como una computadora humana.

Por supuesto, la acumulación de tamaño caudal de informaciones a tan corta edad no significaba que comprendiera todo lo que repetía o imitaba para regocijo de sus mayores.

Sin embargo, el más fuerte impacto que causaba Ivo en quienes tenían la oportunidad de observarlo frente a televisores y videocaseteras era su incomparable capacidad para manipular los controles remotos o telecomandos. Sus deditos se movían a un ritmo vertiginoso sobre la diversidad de teclas a pulsar, para lograr todas las funciones: encendido, apagado, contraste, luminosidad, sintonía, volumen de sonidos, cambio de canales...

Por eso, sus papás llegaron a la conclusión de que no podían negarse cuando el pequeño reclamó —para su cumpleaños número cinco— aquella fantástica caja de videojuegos como único regalo.

Desde el momento en que se cumplió su deseo, a Ivo ya no le interesaron otros juguetes. Las horas libres —que a esa edad, lógicamente, eran muchas— empezó a destinarlas a lo que más le atraía: el manejo de los controles remotos, tanto sobre televisores como con los recién estrenados videojuegos. A estos últimos, pronto los dominó al punto de ganarles a chicos bastante mayores que él y —aunque suene a cuento— también a su padre y a sus tíos.

Poco a poco, los videojuegos no fueron guardando ningún secreto para él y —poco a poco— empezaron a aburrirlo.

Fue entonces cuando todo su interés se centró —absolutamente— en los telecomandos.

A medida que crecía, Ivo iba convirtiéndose en un experto conocedor de sus complejidades tecnológicas.

Leía folletos y catálogos que develaban —en parte— el mecanismo de su construcción. Los desarmaba y volvía a armar con el mismo placer con que devoraba manzanas mientras estaba entregado a su afición favorita, para no distraerse.